

## LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL COMO LA QUIEBRA DE TODO CONTEXTO

Celia Amorós

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

La bióloga y teórica feminista Donna Haraway caracteriza la globalización como la descontextualización sistemática de las actividades y los productos de nuestra vida personal, económica y social. Pone como ejemplo en el mundo de la biotecnología la recolocación de las potencias y competencias de las conejas del laboratorio, cuyo “lugar natural” es completamente artefactual (el laboratorio, como “tecnología de inscripción, es su nicho y su hábitat”). En la producción, esta descontextualización se produce mediante formas inéditas que desbordan lo que impuso en su día el taylorismo y la cadena de montaje, en la globalización neoliberal las empresas multinacionales proceden a deslocalizaciones y éstas, a su vez, a prácticas de contrataciones y subcontratas que hacen, que la unidad del producto se evapore, como si estuviera siempre en otra parte.

El contexto de producto de los trabajadores/as está así siempre en otro lugar, se escabulle como se escapa también de su control, la relación con otros trabajadores/as, que haría posible alguna forma de sindicación o de unión, lo que puede generar una ansiedad generalizada insoportable. Además, la lógica de la globalización opera segmentando internacionalmente los mercados de forma transversal y fraccionando así en el interior de los propios países. Por otra parte, la que era anteriormente la adscripción a una empresa que proporcionaba un cierto contexto al trabajo de una vida se deshilacha: las empresas mismas son tan de quita y pon como los propios trabajadores y trabajadoras. La empresa inspirada en la ética calvinista al modo en que lo analizó en su día Max Weber, de acuerdo con Pekka Himanen ha sido sustituida por “el proyecto empresarial” propio de la ética del *hacker*, versátil, creativo, autoprogramable.

Pero no sólo el trabajo: también la familia se descontextualiza. Sobre todo, con la feminización de los flujos migratorios y “la globalización del cuidado” las familias son transnacionales, los niños y niñas llaman “madre” a unas abuelas que las sustituyen para que ellas, puedan enviar remesas a su país para sostener el hogar. En la era global, como lo afirma Haraway, todo lo puede ser desmontado y reconectado, reconfigurado de manera polimorfa. Lo cual podría ser emancipatorio si se diera en otro contexto, pero ¡cielos!, no hay contexto. Sólo la pura anomia. Es sabido que, el sociólogo Durkheim relacionó la anomia social —y simbólica, añadiríamos— con el fenómeno del suicidio. De forma reciente y trágicamente, se están produciendo en

Europa un número significativo<sup>1</sup> de suicidios de obreros que nos conmueve y nos hace reflexionar: se arrojan al tren dejando una carta para sus mujeres y sus hijos en la que les explican que no pueden soportar las presiones de sus empresas sobre sus vidas, los quieren eternamente disponibles, movilizables de acá para allá, por sueldos miserables, con flexibilidad de horarios y sin condiciones. Como lo afirma Richard Gordon, ésta es “la economía del trabajo doméstico fuera del hogar”: se les pide el perfil de un servidor más bien que el de un trabajador; se les niega todo derecho: en el límite, el derecho a tener derechos que es lo que, justamente, define la ciudadanía. El filósofo político español Fernando Quesada, afirma que, más todavía que la extorsión económica los patronos multimillonarios lo que buscan es el dominio absoluto sobre las condiciones de vida de sus obreros: en el límite, el poder de vida o muerte que es, por antonomasia, el poder. La descontextualización generalizada a que nos venimos refiriendo genera lo que el filósofo francés Gilles Deleuze y el psicoanalista Guattari llamaban “la descodificación de todos los flujos”, flujos de dinero, de mano de obra absueltos de cualesquiera referentes adscriptivos, sucesos que caracterizaban el capitalismo como esquizofrenia. Pero, si todavía viviera Deleuze, constataría hasta qué punto este fenómeno se intensifica en el capitalismo neoliberal en la era global. De acuerdo con los autores del *El Antiedipo*, los flujos de mano de obra, de mercancías, del deseo, quedaban “desterritorializados”, desadheridos a referencias de adscripción cualitativamente caracterizadas: fluyen sin códigos que los modulen, sin reglamentación alguna, del mismo modo que maquinan sin teleología alguna su propia maquinación: dinero para producir más dinero, para producirlo en mayor medida a su vez en el capitalismo financiero, sin vinculación alguna con el desarrollo humano. Los flujos del deseo ya no se fijan en padres o madres, ni en figuras sustitutorias, son puro deseo de deseo...Análogamente, en la época del dominio del capital financiero, el dinero, ya de suyo abstracto en el capitalismo se convierte en abstracción de segundo grado, en la abstracción de su propia abstracción, especulación sistemática, ingeniería financiera del dinero, llamémosle concreto de la llamada, a su vez, economía real... No podemos obviar el plantearnos una pregunta: ¿iresistiremos esta suspensión en el vacío, antropológicamente hablando, una especie de homínidos que en su día, nos volvimos tales por nuestra necesidad de tocar tierra y circular sobre ella? Y en ese flujo sin código, sistemáticamente —pues así es: la acción consciente de los Estados como en su día lo viera Polanyi, en su obra *La gran transformación*, le imprime este carácter de sistematicidad que no tendría ningún hecho económico abandonado a su presuntamente inmanente

---

<sup>1</sup> Según el estudio elaborado por el Consejo Económico y Social Francés, en 2003 entre 300 y 400 personas se suicidan al año por cuestiones relacionadas con sus empleos.

lógica—, en este flujo, pues, sistemáticamente desregulado —lo que no deja de ser una paradoja— se inyecta, como en su día lo viera el sociólogo español Manuel Castells, la economía criminal: flujos de droga, de mujeres para la trata, de emigrantes sin papeles... Y los flujos del deseo, abandonados a su lógica maquínica de deseo de deseo, que hace abstracción de su objeto, que no quiere depender de él para instituirse en la pura soberanía del deseo, maquinarán el modo de deshacerse sistemáticamente de sus víctimas, mediante la tortura ritual y el asesinato en seri, como ocurre con los feminicidios de Ciudad Juárez y otras zonas de maquilas de México, Guatemala y otros lugares de América Latina. El sexo como flujo descodificado también se absuelve de todo contexto, ya no amoroso, sino, meramente, de contacto humano. Prescinde de todo género de mediaciones para el contacto sexual. En el límite, del cuerpo mismo como *gestalt*, como forma expresiva pregnante en el sexo y el deseo sexual se inscriben... En el límite del límite, no encontraremos con la industria de *body parts*, del troceamiento del cuerpo femenino... La descontextualización del sexo, en el límite, lleva a la lógica del crimen sexual, en el movimiento ciego de crueles flujos desregulados.

Pero si algo no puede, en última instancia, obviarse como contexto, se dirá, es la naturaleza. Pues bien, nuestra teórica feminista de la biotecnología afirma que, la biotecnología es “la continuación de la política por otros medios”: decide quién vivirá y quién morirá, y qué mundos habitables habrán en la Tierra. Considera la era de lo que ella llamaba “El Nuevo Orden Mundial, S. A.” y que ahora, como es obvio, debería llamarse “el Nuevo Desorden Mundial, S. A.” como la era de “la naturaleza empresarializada”. En su obra *Testigo modesto del segundo milenio. Hombre-hembra<sup>©</sup> conoce a Oncorrotón<sup>®</sup> (subtítulo: Geminismo y tecnociencia)* afirma que en la “naturaleza empresarializada” de finales del segundo milenio, donde los proyectos de la biotecnología son financiados por corporaciones transnacionales que mueven flujos de capital antes inimaginables, “las especies se transforman en la marca” a través del sistema de patentes. En lo que ella llama su “ontología sucia”, habitada por entidades que transgreden límites rígidamente fijados antaño entre lo maquínico y lo orgánico, entre otros, Oncorrotón, el ratón del cáncer, es presentado como una marca registrada y Hombre-hembra, como un espécimen que tiene el *copyright* de ella misma. “La ratona diseñada para investigar el cáncer de mama, primer animal patentado del mundo, contiene un *bit* de ADN, llamado “encogen”, que causa esta enfermedad, derivado del genoma de otra criatura e implantada por medio de técnicas de ingeniería genética. Producto de la implosión entre naturaleza y cultura, Oncorrotón<sup>®</sup>, definido por un genoma empalmado, con su patente y marca registradas, ilustra por excelencia lo que es “la naturaleza empresarializada” (...) “Los tipos taxonómicos de las especies se transforman así en su marca, hasta el de nuestra propia especie, que llega a encontrar la garantía de su autenticidad en la base de datos del genoma hu-

mano". Base de datos, todo hay que decirlo, que en parte se ha constituido mediante el expolio a los pueblos indígenas de su patrimonio genético. Base de datos con lagunas, las de pueblos enteros exterminados y desplazados que nos hurtan ese material de conocimiento de lo humano. Y es que, para conocer no hay que matar.

El tratamiento crítico de la "naturaleza empresarializada" de la globalización neoliberal no se hace desde una concepción de lo que sería una presunta "naturaleza en sí" contemplada desde un punto de vista trascendentalista de sobrevuelo. La naturaleza aparece en "Las promesas de los monstruos" "como lugar común (...) [en] una cultura pública [que] tiene muchas casas, muchos habitantes que pueden refigurar la tierra, a quien debemos incluir en la narrativa de la vida colectiva, incluida la naturaleza". La naturaleza es así, contexto. Haraway sospecha sistemáticamente de las políticas de los "parque naturales" que nos ofrecen "la naturaleza en una vitrina". Como ocurrió, por ejemplo, en Tanzania, se hace aparecer el "espacio natural del chimpancé" precisamente porque los habitantes indígenas de Tanzania, han sido eludidos y desplazados. La virginidad de "las tierras vírgenes de Tanzania" así como los tratamientos de la Amazonía y de todos "los lugares colonizados", debe ser sometida a una hermenéutica de la sospecha, a la presunción del *Pudenda origo*, el hedor de los orígenes, que decía Nietzsche.

El jardín del Edén original, es falso. Y es inadecuado asimismo por ello un tratamiento soteriológico salvífico. No hay que "salvar la naturaleza" sino que practicar una política de "naturaleza social", de diferente organización de tierras y personas. En la medida en que la biosfera amazónica es un "artefacto histórico", habría que articular espacios integrados por los habitantes de la selva, ecologistas indígenas y no indígenas, militantes..."Toda la gente que importa cognitiva, emocional y políticamente debe articular su posición en un campo constreñido por una nueva entidad colectiva, compuesta de indígenas y otros actores humanos y no humanos". Debemos relacionarnos con la naturaleza como un lugar común [...] pues la naturaleza es naturaleza "social y artefactual". Más que instrumentalizada o venerada, actitudes que a menudo se doblan la una de la otra, debe ser contextualizada y contextualizada. Contextualizada por lo social y lo histórico y contextualizada de las relaciones entre lo humano y lo no humano. Que seamos una especie entre las otras no significa que seamos una especie entre otras. Somos una especie especial. La que tiene la responsabilidad de la supervivencia y la calidad de vida de la suya y de las demás especies. No compartimos con ninguna otra especie esa responsabilidad. A esta posición es a la que llamaría, frente al biocentrismo que nos desplaza y la megalomanía arrogante de determinadas modalidades de humanismo, un antropocentrismo débil.

Desde esta concepción, no entendemos que las mujeres, por ninguna razón relacionada con su presunta naturaleza especial, hayan de mantener una relación privi-

legiada con la naturaleza. No les corresponde mayor obligación de “salvarla” que a cualquier otro, porque no consideramos que tenga una especial connaturalidad con la misma. Cuando se ha considerado que ello, es así, no se le ha hecho ningún favor: se ha procedido, más bien, aplicando la ecuación Mujer es a Naturaleza lo que Varón es a Cultura. Y como se entiende que la cultura es superior a la naturaleza, el varón es superior a la mujer. La concepción de la naturaleza de Donna Haraway que hemos expuesto y en buena medida asumido, así como la de otras eco feministas llamadas constructivistas, o bien feministas ecológicas o “medioambientalistas”, tiene la virtud de desmontar estas ecuaciones esencialistas. Es la suya una posición constructivista: las mujeres están en determinadas situaciones más próximas a la naturaleza, o a determinados aspectos de la misma, en función de las tareas que les son adjudicadas en virtud de la división sexual del trabajo.

Conviene recordar aquí, para huir de los esencialismos, que el etnólogo Claude Lévi Strauss —poco sospechoso de feminismo—, denominó la división sexual del trabajo “prohibición de tareas”. Prohibición a las mujeres por parte de los varones de realizar las tareas prestigiosas en la comunidad, el tejido en determinados casos, donde preguntarse si son prestigiosas porque las ejecutan los varones o si las llevan a cabo los hombres porque son prestigiosas es una pescadilla que se muerde la cola. No por razones biológicas, pues aquello que por razones biológicas no se puede hacer o no se debe hacer, porque es nocivo biológicamente, no tiene por qué ser objeto de prohibición: sería meramente redundante. Sólo se prohíbe realizar aquello que puede ser realizado.

Pues bien, las mujeres chipko hindúes, como lo narra la física nuclear y activista ecologista hindú Vandana Shiva, no por su esencia genuinamente salvífica de la naturaleza, sino por, sabias consideraciones pragmáticas relacionadas con tareas asignadas tales como acarrear leña, que les proporciona relevantes conocimientos empíricos de silvicultura, se ataron a los árboles para impedir la deforestación de los bosques del Himalaya, por parte de multinacionales interesadas en imponer ahí, un monocultivo que las favorecía. Y el caso es que, sus maridos se dejaron seducir por el intento y se volvieron sus cómplices. Al parecer, ellos no entendían, como lo afirma Haraway refiriéndose a la disputa sobre las formas de vida agrícola, que “las semillas sólo viajan acompañadas de sus aparatos de producción y mantenimiento. Éstos incluyen manipulaciones genéticas, teorías biológicas, prácticas de experimentación del genoma de la semilla, características del crédito, redes legales de propiedad [...] Las semillas cobran vida a partir de estilos de vida específicos que llevan consigo donde quiera que vayan, así como por tipos especiales de desposeimiento y muerte” (en este caso concreto, el cultivo de las semillas foráneas, incluía el uso de los pesticidas que producían

las mismas multinacionales). Así, para la autora de *Feminismo y tecnociencia*, “tales cuestiones deberían ser la segunda naturaleza de cualquier ciudadano de ‘la república de la tecnociencia’”. Las mujeres campesinas deben ver de este modo sus saberes convalidados en formas de empoderamiento. Así como utilizar ese empoderamiento como palanca para organizar más y mejor, junto con las otras mujeres, esos conocimientos. Las mujeres chipko, por ejemplo, comprendieron de forma intuitiva, con la lucidez que se desprendía de sus prácticas vitales, todas las implicaciones que se derivaban de la implantación de esas semillas: no un progreso, como lo consideraban sus maridos mucho más acrílicos e ingenuos, sino una amenaza a lo mejor de sus formas de vida.

Es asombroso lo que pueden llegar a hacer las mujeres cuando constituyen grupos. A las reuniones donde “sólo” hay mujeres se les llama de mujeres “solas”, aunque sean tan numerosas como un regimiento. Sucede como si las reuniones en las que participan varones fueran percibidas por éstos, bien como algo defectivo, naturalizado o bien amenazador.

Yo misma he experimentado, reunida con doce o quince mujeres en un bar, el acercamiento de dos varones ligones con el comentario de “¡estáis muy solitas!”. La percepción patriarcal de estos agrupamientos femeninos los hunde en la naturaleza, como si no pertenecieran a la cultura. En inglés existe, para referirse a ellos, la expresión “reunión de gallinas”.<sup>2</sup> O bien los sitúa en lo sobrenatural negativo, en la órbita de lo demoníaco: Así, se hace referencia también a estos cónclaves con la expresión de “aquelarre”, reunión de brujas. No, al patriarcado no le gusta para nada estas reuniones que ellos no controlan (¡a, saber qué tramarán! Y no dejan de tener buen olfato de autoconservación, porque lo que mantiene a las mujeres en la impotencia es su separación, adjudicadas a y recluidas en los espacios privados de los varones. Así, constituyen lo que llamaba Jean Paul Sartre “una serie”, un colectivo en el cual cada uno de sus miembros funciona con respecto a todos los demás como “un centro de fuga”, cada quien obedece, no tanto porque quiera hacerlo como porque no está seguro/a de su vecino/a no quiera obedecer.

Los varones procuran mantener a las mujeres en esta situación de serialidad atomizada porque intuyen lo que puede hacer un sector oprimido al pasar de la situación serial a la de grupo, sobre todo si es organizado. Recientemente, en la India ha surgido un movimiento potente de mujeres, el llamado “ejército de los saris rosas”, liderado por una mujer llamada Sampat Pal. Ha conseguido movilizar a cientos de mujeres, así como reclutado la colaboración de algunos varones, en una lucha por restablecer la justicia a favor de las esposas maltratadas e incluso abandonadas, por ejemplo, por el

---

<sup>2</sup> “Hen gathering”

delito de no dar un hijo varón. El economista hindú Amartya Sen ha puesto de manifiesto que, a consecuencia de los infanticidios femeninos y otras formas de violencia, faltan en el continente asiático millones de mujeres, con efectos todavía impredecibles en cuanto a los desajustes sociales que ello puede originar. Pero Sampar Pal no se limita a eso, su sentido de la justicia es difusivo y, así, “el ejército de la saris rosas” armadas de garrotes defienden también a los pobres que han sido despojados de sus bienes y a “los intocables” humillados por los brahmanes. Es como si entre ellas, hubieran firmado un pacto juramentado como hermanas que dan cada una, su palabra a todas las demás, de ser fieles al grupo, a la vez que la reciben y se constituyen en testigos de estos intercambios recíprocos.

Cómo lo puso de manifiesto Jean Paul Sartre en sus análisis de los grupos juramentados, en ellos se genera la potencia frente a la impotencia de las series. El espacio de la concertación sería el espacio de lo propiamente humano. Lo contrario es el ámbito de la serialización, al que ya nos hemos referido, donde cada quién es para cada uno de los otros un centro de fuga. Paradójicamente, la globalización que debería ser un paso decisivo en la concertación humana, es el ámbito del desconcierto sistemático que promueve, como lo decía Marx, el imperio de la cosa frente al hombre. Pero, en realidad, el imperio de la cosa sobre los hombres remite al dominio de algunos hombres sobre la mayoría de los demás, hombres y mujeres. El ámbito de la serialización es el del pánico, de la impotencia sistemática. Las crisis de pánico en las Bolsas se producen por el miedo del otro, de todos los otros como mi miedo: temo que el otro tenga miedo, quien, a su vez, teme mi propio temor y el de todos los demás de forma recurrente y giratoria. En el ámbito serial de la impotencia nadie puede hacer lo que quiere. Los bancos desconfían cada quién de que el otro pueda tener dinero. El resultado de esta impotencia de prepotentes es la percepción naturalizada de las crisis como algo independiente de las prácticas, de las acciones y las decisiones humanas: la crisis, se ha dicho, “es como un tsunami”. Es lo que Sartre llamaba “la mala fe”, el trucaje de una libertad que no quiere asumirse como tal y se disfraza de facticidad, el mal viene como un fenómeno de naturaleza. Pero el caso es que ni siquiera los fenómenos de la naturaleza son puros fenómenos naturales: como lo afirma la ecofeminista ilustrada argentina, nacionalizada española Alicia Puleo, “el parte meteorológico es político”. Sabemos bien quiénes sufren preferencialmente las catástrofes naturales: los pobres con residencias precarias, las víctimas de cambio climático... Como si la naturaleza los designara, pero no, no los designa la naturaleza. Nos encontramos de nuevo ante “la mala fe”, es la estructura de las relaciones humanas la que marca como en punteado quiénes van a hundir en la miseria el huracán. El caso del Katrina en Nuevo Orleans, en este sentido es emblemático. Los blancos en su mayoría pudieron

ser desalojados. La naturaleza pura, si es que la hubiere en alguna parte, como fuerza ciega no es en absoluto selectiva. La selección es obra humana que no quiere asumirse como tal, ejemplificando de nuevo “la mala fe” sartreana.

Puleo argumenta con tino y energía la necesidad del feminismo de relacionarse con la ecología. No se puede ignorar el impacto de la devastación de la globalización neoliberal en las formas de vida de las mujeres rurales del Tercer Mundo. “Si el feminismo quiere mantener su vocación internacionalista, deberá pensar también en términos ecologistas, ya que las mujeres pobres de los países llamados “subdesarrollados” son las primera víctimas de la destrucción del medio natural”.

A la luz de estas consideraciones se podría pensar que de Occidente viene todo el mal y sólo el mal. Entendemos que ante las incoherencias que se ponen de manifiesto entre las prácticas de expolio y destrucción occidentales y sus discursos acerca de los Derechos Humanos hay que ejercer hasta la saciedad la crítica y la autocrítica, como lo hace con toda pertinencia la historiadora tunecina Sophie Bessis en su obra *El Occidente y los Otros. Historia de una supremacía*. “La intrusión de Occidente en el universo de mis antepasados, ¿no me liberó de la tiranía protectora del grupo y me dio los atributos de individuo más o menos libre que soy?”<sup>3</sup> Por ello, a pesar de todo, salvamos ese gran movimiento crítico con las viejas instituciones estamentales, polémico con las formas del pensamiento dogmático y reflexivo acerca de los fundamentos de sus nuevas bases sociales que fue la Ilustración. Entendemos, como tuvimos ocasión de exponerlo en nuestro libro *Vetas de Ilustración*, que la Ilustración no es un monopolio de Occidente y que en otras culturas —lo hemos explorado un poco en la cultura árabe— tienen lugar en determinadas circunstancias procesos crítico-reflexivos que con toda justeza pueden ser calificados de ilustrados. El feminismo apareció históricamente ahí donde cayeron las viejas jerarquías estamentales —clero, aristocracia, villanos— y fueron sustituidas por concepciones de corte universalista tales como sujeto, individuo, ciudadano. Las virtualidades de universalización propias de estos nuevos conceptos, sus posibilidades de ser resignificados, hicieron posibles que se plantearan las vindicaciones feministas: “Nosotras también somos ciudadanas”, decían las mujeres de la Revolución Francesa, debemos ser, argumentaba Mary Wollstonecraft, sujetos autónomos en el uso de nuestra razón y no permitir que ésta nos venga del varón tutor “como luz indirecta, como si nos llegara de segunda mano”. El feminismo le pidió a la ilustración coherencia en sus postulados universalistas, como, por otra parte, lo han hecho los anticolonialistas *avant la leerte* desde Bartolomé de Las Casas. El feminismo tiene una raíz ilustrada y quiere la

<sup>3</sup> Sophie Bessis (2002), *Occidente y los Otros*, traducción de Florencia Peyrou, Madrid: Alianza Editorial, pág. 20.



emancipación para todas las mujeres. No es verdad, como pretenden interesadamente algunos, que sea un producto de occidente utilizado para colonizar a los pueblos indígenas donde reinaba entre los sexos la más apacible de las convivencias. La opresión de las mujeres es un hecho universal y, en algunas partes y tiempos de occidente, se dieron las condiciones para que este hecho se pusiera en cuestión. A diferencia de otros productos de la cultura occidental, como, por ejemplo, el modelo de desarrollo que no se puede universalizar porque funciona con base en externalizar los costes, como lo dicen los economistas, la emancipación femenina sí es universalizable. De hecho, una vez puesta en marcha, sus virtualidades universalizadoras son tales que ya no se paran. Algunos aspectos de la misma podrán revestir diferentes modalidades, pero la idea de igualdad es una idea potente que está en la base de todas las reivindicaciones de derechos y no se puede ni se debe detener.

No es cierto, como se pretende a veces, que atente contra la especificidad de las culturas. En primer lugar, porque las culturas no son totalidades orgánicas estáticas y homogéneas en este punto debemos distinguir entre multiculturalidad y multiculturalismo. La multiculturalidad hace referencia al hecho empírico de la coexistencia de culturas diferentes en los mismos tiempos y en las mismas zonas geográficas. El multiculturalismo, por el contrario, no es un hecho sino una tesis normativa acerca de lo que las culturas son y cómo deber relacionarse entre sí, así como de qué modo pueden y deben gestionarse políticamente su coexistencia. Entiende que las culturas son totalidades autorreferidas, que los parámetros de las mismas son inconmensurables, que sus referentes de sentido son comunicables y que, en consecuencia, no se pueden entender ni juzgar a una cultura determinada desde los supuestos de otros. Pero esto no es verdad.

Como lo afirma Louis Dumont, antropólogo especialista en las castas de la India, “las culturas se entienden más o menos bien”. No son transparentes —tampoco para sí mismas— ni tampoco impermeables las unas para las otras. De otro modo no sería posible la ciencia ni la práctica de la antropología. Ni tampoco una buena situación. Se producen entre ella hibridaciones, préstamos interacciones de todo tipo y, lo que es más interesante, apropiaciones y rechazos selectivos de aspectos de otras culturas. No todas las diferencias son buenas por el mero hecho de serlo, hay que convalidarlas con determinadas piedras de toque que determinen si es conveniente conservarlas y promoverlas como un deseable valor patrimonial o, por el contrario, luchar contra ellas. Y esta piedra de toque es la idea de igualdad como referente normativo.

La idea de igualdad, por ser tan potente —como la de la libertad, otro de los valores de la tríada ilustrada— es contagiosa: cuando los varones explotados y humillados la reivindican frente a los explotadores, a las mujeres se les ocurre que ellas no tienen

por qué soportar su propia opresión, las palizas y las exigencias inadecuadas de los maridos. Así, irracionalizan, consideran como no siendo de recibo un trato que no se merecen. Empiezan a pensar en términos de ciudadanía, de derecho a tener derechos. Ellas no son poseedoras de una esencia diferencial incólume e intocable en virtud de la cual deberían soportar los abusos, de nuevo, hay distintas diferencias entre varones y mujeres y, si bien algunas de ellas pueden ser enriquecedoras, otras han de ser enérgicamente combatidas: las diferencias que generan desigualdad. De hecho, entre las culturas se producen, y creemos que es bueno que se produzcan, apropiaciones selectivas: asimilación consciente de aspectos deseables de otras culturas que son funcionales para resolver las propias tensiones y desequilibrios. Y, asimismo, rechazos selectivos de todo aquello que en otras culturas aparece como indeseable. Ilustración es crítica. Y el sentido crítico es una buena consideración, imprescindible en los seres que debemos ser racionales. Si no promovemos la racionalidad, nos quedamos también sin argumentos pertinentes para reivindicar modelos de desarrollo alternativos, una ecología sólidamente implicada con la justicia... por todo ello, entendemos que las luchas indígenas y mestizas deben ir íntimamente aliadas con las luchas feministas.

La globalización neoliberal ha sido nefasta y trágica para los trabajadores, pero, particularmente, para las mujeres: el adelgazamiento, cuando no la supresión del estado del bienestar ha desplazado los costes de las prestaciones sociales en salud, educación y servicios al trabajo invisible de las mujeres en el hogar, ha producido su hiperrepresentación en las maquilas y en el trabajo sumergido e informal, tanto más despojado de derechos laborales cuando en mayor medida es invisible; nuevos y siniestros pactos patriarcales mafiosos que adoptan el imaginario libertino llevan la violencia sexista e ese límite en el orden de lo pensable y lo sufrible que son los feminicidios. Las mujeres son víctimas preferenciales en los estados fallidos a consecuencia en buena medida de los mecanismos de exclusión que la globalización neoliberal conlleva y que, de acuerdo con Manuel Castells generan narcotráfico, economía criminal, crimen organizado...

Y el caso es que, para perplejidad y decepción de los marxistas, sobre todo los trotskistas como Perry Anderson, que mantenían la expectativa de que una catástrofe mundial como la crisis en la que estamos inmersos, produciría una respuesta revolucionaria a escala mundial, el proletariado no se mueve de una manera significativa como clase —sólo y nada menos que muchos proletarios individuales se suicidan—. La social-democracia está en crisis, los liberales se vuelven keynesianos y les sacan las castañas del fuego a los banqueros indecentes que han provocado “el tsunami” con el dinero de la ciudadanía...y no reaccionamos. No salimos de la serialidad sartreana. Ya sabíamos hace tiempo que las vanguardias habían entrado en crisis. El nuevo modelo

capitalista no genera de sus entrañas una clase universal explotada autoconsciente, susceptible de constituir una vanguardia y seguramente para bien, porque no está probado que sean una buena respuesta las vanguardias: convierten en contradicciones secundarias todas las opresiones diferentes de la suya, a la que instituyen en contradicción principal. Genera movimientos altermundistas, como los denominan algunos, que luchan contra la globalización por razones diferentes y son plurales: por un lado, las potencias emergentes que se autoafirman y proponen alternativas frente a la hegemonía del dólar; por otro, los ecologistas, los pueblos indígenas que encontraron un pistoletazo de salida en la movilización de enero del 94 del EZLN, movimientos de protesta contra el ALCA, la “Marcha de las mujeres” que es un movimiento transversal, porque las mujeres atravesamos todos los frentes de lucha... Levantan cabeza estos movimientos si, como lo afirma Donna Haraway, habilitamos dispositivos cognoscitivos para visualizarlos. Los llamamos “los sujetos emergentes”, para cuyas necesidades políticas hemos de elaborar epistemologías alternativas, “conocimientos situados” conscientes de su posicionamiento y de las herramientas adoptadas en orden a reconocerlos.

Las mujeres indígenas, como ya lo hemos insinuado a propósito de grupos como las mujeres chipko y las saris rosas, pero hay muchas más, se encuentran entre estos sujetos emergentes que no encajan, como lo afirma Haraway, en narraciones convencionales de identidad política. Y ello es así porque se produce una “desestabilización de las identidades revolucionarias tradicionales” del hombre occidental. Ha llegado la hora de celebrar los mestizajes, de resignificar, como lo proponer Haraway, como una reivindicación muy legítima del feminismo postcolonial, la historia de la Malinche y convertirla, de la traidora que se hizo de ella, en “la madre letrada que ayuda a sobrevivir”, a “vivir en los límites”. De ser verdaderamente globales y no provincianos globales como lo han pretendido los occidentales del llamado Primer Mundo.

El apremio fundamental es el de reconstituir un nuevo contexto para este mundo sistemáticamente descontextualizado. Sólo en nuevos contextos conscientemente contruidos desde intereses emancipatorios podremos tener un mundo vivible. Las guerras, son aparatos sistemáticos de descontextualización de los contextos. Desplazamientos, genocidios, violaciones... Y, como lo afirma Fernando Quesada, ha habido y hay una alianza recurrente entre las guerras y el capital financiero. Pero los nuevos contextos sólo podrán ser contruidos mediante alianzas. Alianzas entre los nuevos sujetos emergentes inspirados en mi interpretación de la propuesta de Donna Haraway de que se constituyan tomando como referente la articulación. “La naturaleza está articulada”. Y nuestra naturaleza “social-artefatual”, como ella la llama, frente a la “naturaleza empresarializada”, genera contextos en el sentido en que yo los inter-

preto como ámbitos vivibles para los seres vivos humanos y no humanos. Contextos producidos por articulación, que sugiere a la vez soldadura y juego flexible, firmeza y contingencia, precariedad como la vida misma, por lo que han de estar constantemente re-articulándose, recontextualizándose. Un contexto siempre tiene un juego de apertura para que en él se inserte y de él tome su sentido cada texto. Pues bien, las alianzas entre los movimientos alter mundistas, frente a la globalización que todo lo descontextualiza, deberían constituir un contexto desde el que cobre sentido la lucha emancipatoria. El contexto vendría sugerido por una “semiología política multicolor”, en las palabras de Haraway, donde se destacarían “los filtros verdes, rojos y violetas”. Porque hoy más que nunca es necesario pensar que otro mundo es posible. Y no es posible, de buena fe, pensar que nuestro Desorden mundial SA es necesario.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Agra Romero, María Xose (comp.) (1997), *Ecología y Feminismo*, Granada: Ed. Comares.
- Amorós, Celia y Ana de Miguel (eds.) (2005), *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización*, Madrid: Minerva Ediciones.
- Amorós, Celia (1997), *Tiempo de feminismos. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, colección Feminismos, Madrid: Editorial Cátedra.
- Amorós, Celia (2005), *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias para las luchas de las mujeres*, Madrid: Editorial Cátedra.
- Amorós, Celia (2008), *Mujeres e imaginarios de la globalización*, Rosario, Editorial Homosapiens.
- Hartmann, Heidi (1980), “El desdichado matrimonio de marxismo y feminismo” en, *Zona Abierta*, núm. 24, marzo-abril.
- Millares, Alicia (2003), *Democracia Feminista*, colección Feminismos, Madrid, Editorial Cátedra.
- Nicholson, Linda (sf), “Feminismo y Marx”, en Benhabibi, Seyla y Drucilla Cornell (comp.).
- Posada Kubissa, Luisa (1998), *Sexo y Esencia*. Madrid: Editorial Horas y Horas.
- Teoría Feminista y teoría crítica* (1990), Valencia: Editorial Alfonso el Magnánim.
- Valcárcel, Amelia (2008), *Feminismo en el mundo global*, Madrid: Editorial Cátedra.